Deja que Dios te justifique ante tu esposo

**« Déjame, que Yo te justificaré ante tu esposo »**

7 Dice María:

«Hija mía querida, cuando, terminado el éxtasis que me había henchido de inefable

alegría, regresé a los sentidos de la Tierra, el primer pensamiento que, punzante como

espina de rosas, hirió mi corazón envuelto en las rosas del Divino Amor, desposado

conmigo unos instantes antes, fue José.

Yo ya amaba entonces a este santo y providente custodio mío. Desde el momento en

que la voluntad de Dios, a través de la palabra de su Sacerdote, quiso que fuera esposa

de José, pude ir conociendo y apreciando la santidad de este Justo. Unida a él, sentí

cesar mi estado de desorientación por mi orfandad, y dejé de añorar el perdido amparo

del Templo. El era tan dulce como el padre que había perdido. Junto a él me sentía tan

segura como junto al Sacerdote. Toda vacilación había cesado; es más, había quedado

olvidada –efectivamente, mucho se habían alejado de mi corazón de virgen las

vacilaciones, porque había comprendido que no tenía motivo alguno de vacilar, que no

tenía nada que temer respecto a José–. Mi virginidad, confiada a José, estaba más

segura que un niño en brazos de su madre.

8 ¿Cómo decirle ahora que era Madre? Trataba de encontrar las palabras con que

anunciárselo. Dificil búsqueda. No quería yo, en efecto, alabarme por el don divino

recibido, y no podía justificar mi maternidad en ningún modo sin decir: *"El Señor me ha*

*.*

\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_

107

*amado entre todas las mujeres y de mí, su sierva, ha hecho su Esposa"*. Tampoco quería

engañarle, ocultándole mi estado.

Pero, mientras oraba, el Espíritu que me llenaba me había dicho: *"Guarda silencio.*

*Déjame a mí la tarea de justificarte ante tu esposo"*. ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo había

preguntado. Siempre me había abandonado en Dios, como una flor se abandona a la ola

que la lleva. Jamás el Eterno me había dejado sin su ayuda. Su mano me había

sujetado, protegido, guiado hasta aquí; esta vez, pues, también lo haría.

9 Hija mía, ¡qué hermosa y confortante es la fe en nuestro eterno y buen Dios! Nos

pone entre sus brazos como si fueran una cuna; nos lleva, como una barca, al radiante

puerto del Bien; da calor a nuestro corazón, nos consuela, nos nutre, nos proporciona

descanso y júbilo, nos ilumina y nos guía. La confianza en Dios lo es todo, y Dios da

todo a quien tiene confianza en El: se da El mismo.

Aquella tarde llevé hasta la perfección mi confianza de criatura. Ahora podía hacerlo,

porque Dios estaba en mi. Antes, mi confianza era la de una pobre criatura como era;

siempre una nada, aunque fuera la Tan Amada que era la Sin Mancha. Pero ahora

poseía la confianza divina porque Dios era mío: ¡mi Esposo, mi Hijo! ¡Oh, gran gozo! Ser

Una con Dios. No para gloria mía, sino para amarle en una unión total y poderle decir:

*"Tú, Tú solo, que estás en mí, actúa con tu divina perfección en todas las cosas que yo haga"*.

Si El no me hubiera dicho: *"¡Calla!"*, quizás habría osado, con el rostro en tierra,

decirle a José: *"El Espíritu ha penetrado en mí y llevo la Semilla de Dios"* El me habría

creído, porque me estimaba y además porque, como todos los que nunca mienten, no

podía creer que otro mintiera. Sí, con tal de no causarle un dolor subsiguiente, yo habría

vencido la reticencia a proporcionarme a mí misma esa alabanza. Mas, presté obediencia

al mandato divino.

A partir de ese momento, y durante meses, sentí esa primera herida que me

ensangrentaba el corazón. Ese fue el primer dolor de mi destino de Corredentora.

Lo ofrecí y lo sufrí para expiar, y para daros una norma de vida en momentos

análogos a éste, de sufrimiento por deber guardar silencio o por un hecho que da una

mala imagen de vosotros a quien os ama.

10 Confiadle a Dios la tutela de vuestro buen nombre y de vuestros intereses

afectivos. Mereced, con una vida santa, la tutela de Dios, y... caminad seguros. Podrá el

mundo entero ponerse en contra de vosotros; El os defenderá ante quien os ama, y hará

brillar la verdad.

Ahora descansa, hija, y sé cada vez más hija mía».